



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

SÁBADO 15 DE JULIO DE 1871.

NÚM. 81.

LA LUZ.

Dos hechos importantes, pero de opuesta trascendencia, han preocupado estos días al mundo civilizado. De una parte se manifiestan nuevos afanes por devolver al esclavo la dignidad humana. De otra parte resuenan protestas incomprensibles contra el progreso de los tiempos, que ha derrocado la soberbia de un hombre, arrancando del Pontífice la doble corona que ceñía.

Pero mientras en España se continúa con ardor trabajando por el negro, y en el Brasil se declara abolida esa triste condicion de un ser humano, é Inglaterra redobra su vigilancia para impedir la trata en la costa oriental de Africa, Roma medita en los medios mas eficaces para restaurar el Papado con el mismo poder que en la Edad Media.

La secta neo-católica ha procedido en todas partes con admirable disciplina. Los pueblos han emprendido santas peregrinaciones hácia algun milagroso santuario para tener ocasion de victorear *al infalible*, Papa y Rey; los obispos piden á los Gobiernos proteccion para el *mártir* que ha expiado con su caída sus errores funestos y los de sus predecesores; en tanto un millon de hombres, ocultos entre los cafeales que cultivan, aguardan con cristiana resignacion el fruto de los trabajos de algunas personas.

La luz se hará. Es imposible acabe nuestro siglo sin que el mundo comprenda el egoismo que consume al partido ultramontano. Es imposible que los pueblos no se aperciban de cuán anticristiano es atesorar millones para un hombre que no los necesita, que no debe necesitarlos, pudiendo dedicarlos al rescate de aquellos infelices, á quienes debiera ya haber declarado libres la fuerza del derecho. Por eso creemos que esas paganas procesiones, en donde se ha confundido lo político con lo sagrado; que esos insultos á la civilizacion moderna; que esas tentativas estériles para restaurar el poder temporal de los Papas, son los últimos destellos de la lámpara que se apaga, las postreras convulsiones de un ser que lucha con la muerte.

Cuando la doctrina del Cristo apareció extendida por el imperio romano, los sacerdotes gentiles apelaron á todos los medios para sos-

tener la idolatría, recurso de sus vidas; pero la religion moribunda solo halló proteccion en algunas aldeas, *pagus*, llamándosela desde entonces con cierto desden *paganismo*. El recurso de apelar al corazon sencillo del campesino, fué inútil. ¿Qué esperan hoy los amigos de la teocracia, cuando no hay pueblo que desconozca el móvil de sus intrigas?

Los fariseos que crucificaron á Cristo pidieron la vida de un hombre por la salud de un pueblo. Hoy Dios, que es misericordioso, permite que se acabe solo la autoridad despótica de un hombre por la salvacion de la humanidad.

LA IDEA RELIGIOSA.

I.

El sentimiento religioso descansa en la misma naturaleza humana: no es una vaga necesidad del espíritu, es la misma vida del hombre.

Por eso la religion no perece; existirá mientras la humana inteligencia interroga á la naturaleza los misterios de sus fenómenos, mientras el alma no oponga resistencia alguna á la atraccion poderosa que ejercen sobre ella la belleza suprema, la verdad absoluta, el bien infinito: Dios.

Es mas, el hombre, al desconocer el fin último de su vida, no prescinde aun de la idea religiosa. Lo que hace es cambiar el objeto de su adoracion. Cuando el alma vuela libre hácia el término de sus aspiraciones, halla á Dios y le adora. Cuando sigue el camino nebuloso de los errores humanos, cae humillada ante el ídolo levantado á las pasiones del hombre y adora á este.

La verdad brilló un día con todo su fulgor, y el mundo distinguió la salvacion que habia perdido por su rebelion contra el Eterno. Pero la luz de esta verdad era demasiado pura y penetrante para que ese mundo, embriagado con el placer del momento, renunciara á los imperfectos bienes de la tierra por la felicidad eterna, que se encuentra despues del sufrimiento y del martirio.

Entonces el troquel del egoismo imprimió su sello en la idea religiosa. Y los siglos pasaron una vez y otra, reduciendo mas y mas esa idea hasta el punto de convertirla en moneda corriente en el mercado de las pasiones.

Pero las instituciones humanas no subsisten. Por eso se derrumba hoy ese poder soberbio que el hombre intentó arrancar al Señor de los cielos y la tierra. Por todas partes resuenan los ayes de esos hombres que quieren oponerse hasta lo último al progreso de los tiempos, á las leyes inmutables que Dios impuso á la humanidad.

Y el grito universal de esas gentes es que la religion desaparece. ¡Atroz calumnia! Caen, sí, los ídolos humanos sobre su base quebrantada por la accion incesante de los siglos; desaparece el formalismo hipócrita que ha tenido encorvado nuestros cuerpos el largo espacio de diez y nueve siglos; pero el alma se eleva de nuevo á la region de lo infinito para adorar á Dios libremente en espíritu y verdad.

La religion reaparece, por tanto, en todo su esplendor. Cae el sistema humano: luce de nuevo la verdad divina.

¿Quereis ver las diferencias que existen entre las leyes del Cristo y las leyes de los hombres? ¿Quereis ver el carácter que distingue los tiempos de la fé y de la religion, de los tiempos de la ceguedad y de las pasiones?

Recordemos.

II.

Las promesas todas del hombre-Dios se cumplieron. Los apóstoles fueron vivificados por el espíritu divino para anunciar con fé y con frutos de bendicion la doctrina salvadora predicada por Jesucristo. El mundo antiguo quiso ser consumido por la gangrena del vicio y persiguió á los fieles que llevaban con su palabra el único cauterio que podia cicatrizar las heridas del espíritu. El siglo del orgullo y de la soberbia presenció la obra de la regeneracion del hombre, sin prestar atencion á los trabajos de esos hombres extraordinarios. Pedro y Pablo realizaron empresas gloriosas que no son conocidas por completo. Andrés se dirige al territorio de los Scitas; Tomás á la India; Judas á la Arabia; Bartolomé á la Armenia; Mateo á la Etiopia, Matias al Egipto; Simon á la Persia: *la voz del Evangelio resonó hasta los confines del mundo.*

La caridad apareció desde entonces, y los hechos demostraron que la luz se difundia sin apercibirse el mundo. Los apóstoles confirmaron con el sufrimiento la doctrina del Redentor. No les habia prometido poder, glorias mundanas, riquezas, sino persecuciones y martirio.

Por eso los pueblos y los hombres se rehabilitaban: la doctrina del Cristo y el ejemplo de su vida levantaron una Iglesia pura y entusiasta por cima de la Roma llena de crímenes y podredumbre.

La fé unió en amor fraternal á los primeros cristianos. El rico y el pobre, unidos por un mismo vínculo espiritual, desdénaron con júbilo las distinciones de la época. La misma religión, una sola fé, una misma esperanza vivieron en el corazón del primer rebaño, que no tuvo otro pastor que Jesucristo.

III.

El poder político del imperio se humilló un día ante la fuerza de la idea y la ahogó entre sus brazos al asociarla al trono. La Iglesia aspiró el hálito de la soberbia al penetrar en los palacios, y desde entonces las doctrinas de Cristo fueron negadas por las doctrinas de los hombres. Aparecieron los Papas, que se erigieron en directores del rebaño que arrebataron á su pastor; y las costumbres y la fé se relajaron; y nació la precisión de manifestar con ceremonias estériles una sumisión á Dios que no se abrigaba en su alma.

Pero los nuevos directores de la conciencia ganaron entretanto poder y riquezas, que si les apartaron mas del espíritu de Dios, les daban en cambio la dominación de la tierra. Gregorio II adquirió el dominio de la ciudad de Roma y su ducado; Adriano I fué confirmado por Carlo Magno en la posesión de las diez y siete ciudades del exarcado de Rávena y la Pentápolis, y Gregorio VII acabó de robustecer ese poder material preparando la adquisición de Toscana, Orbetico, Umbria, Parma y Módena, Estados malamente cedidos á la Sede pontificia por la condesa Matilde.

No hay poder alguno comparable al que ejerció en Europa este Pontífice ¿Cuál era en esa ocasión el estado de la Iglesia? La corrupción de las costumbres había gangrenado los corazones todos; la venta de las dignidades eclesiásticas demostraba cuál era el pensamiento dominante de el clero; la ambición y la soberbia se habían apoderado del Papa, que lo mismo alegaba derechos para disponer de la suerte de las naciones como para lanzar el anatema de la excomunión á todo el que fuera indócil á su atrabiliaria autoridad.

El mal era tan intenso y sus frutos tan grandes, que los Concilios de la época atestiguan la existencia del vicio al proclamar preceptos de moral. Sus esfuerzos se dirigen, según un historiador, á «que no usen los clérigos armas, no juren, no frecuenten las tabernas, no disipen su vida entre mujeres, absténganse de ganancias deshonestas, de hacer uso del peso y medidas falsas, no se mezclen en asuntos seculares, no cacen con perros ni con aves, no jueguen, no intenten procesos injustos. No toleren los abades y los obispos bufonadas en sus comidas, antes bien admitan á ellas á los pobres y á los peregrinos y dispongan que entretanto se hagan lecturas piadosas. Sea sometido á una penitencia el que arranque dones á las personas devotas. Dé el obispo á sus convidados ejemplos de sobriedad; tenga siempre en su aposento sacerdotes y clérigos de buena fama, que le vean velar, orar, estudiar y que imiten su vida.»

Nada queremos decir de la corrupción católica que motivó la Reforma, por ser asunto demasiado conocido. Si, pues, cuando la Iglesia

dispuso de toda autoridad en la esfera espiritual y en la terrena, presentó tales ejemplos, por fuerza hay que convenir en que el poder sacerdotal no es el mas apropiado para dirigir los pueblos y las conciencias.

IV.

Las revoluciones políticas, que tanto engrandecieron al Pontificado, le han arrancado hoy ese poder material que ha llenado de escándalo el mundo. El partido teocrático no admite la lógica de los acontecimientos y se desespera y maldice. Pronostica la muerte de la religión, como si esta fuera asunto de humanas ambiciones.

Pero en su delirio insensato acusa á todos, menos á sí mismo, del derrumbamiento que ha sufrido el viejo edificio de sus tradiciones. Resucita la lucha que en el siglo anterior apareció entre las opiniones exageradas del catolicismo y la filosofía, y no quiere hallar transición y acomodamiento entre la razón y la fé. Esplotando el sentimiento religioso que ha salido libre de la ruina de las antiguas creencias, trata de convertirle en un medio funestísimo para alcanzar el poder. ¡Error lamentable!

La religión es una necesidad imperiosa del espíritu y no perece. Los ojos de la humanidad han contemplado un día la grandeza del cristianismo primitivo, en donde aparecen los fundamentos de las doctrinas modernas libertad; y fraternidad. Por eso el mundo vá desechando inútiles intermediarios entre el hombre y Cristo, y aun la Europa católica se separa de Roma para no asentir con su obediencia al último acto de soberbia ejecutado en el anterior Concilio.

Entre la senda recorrida por los hombres que se llaman infalibles, y han escandalizado todos los tiempos con sus miserias y sus crímenes, y la seguida por los que han acudido á la primitiva fuente de la doctrina cristiana, hay una grande diferencia para que el mundo no pueda elegir con seguridad de acierto. Dios con su mano ha empujado la serie de los siglos. El llanto y la desesperación no habían de ser su último decreto. Si, pues, los ídolos caen, no á la humanidad, sino á algunos seres profundamente anti-religiosos corresponde el llorar la ruina de sus creencias.

LAS INDULGENCIAS.

II.

Las indulgencias han sido una mina para la Iglesia romana, cuyo filon se mantiene intacto después de tanta explotación. En la primitiva Iglesia se dió el nombre de *mártires* á los cristianos que habían sobrevivido á los mas inauditos tormentos por confesar el Evangelio. Estos hombres gozaban de gran reputación entre el resto de los cristianos. Había además otros, que faltos de fé en la persecución, renegaron de Cristo incensando á los ídolos: la Iglesia les aplicaba algunas penas, que con frecuencia les dispensaba cuando acudían los mártires suplicando en favor de los delincuentes. Por consideración á los *mártires* la Iglesia usaba de *indulgencia*, deponía sus rigores, y de aquí proviene el nombre de *indulgencia*, muy distinto al que le aplica la Iglesia romana.

Sabido es que la ambición teniendo por base el orgullo ha sido la causa de tanto dogma que pugna no solo con la ley divina, sino con la razón hu-

mana. Vino un Papa y se reservó la facultad de ser *indulgente* no solo con los vivos, sino que extendió su dominio á una región (donde se dice habitan los muertos) llamada purgatorio. Los Papas para hacer valer mas su autoridad, cuentan para aplicar las *indulgencias*, no solo con sus obras, sino tambien con los méritos de Jesucristo, de la Virgen, de los mártires y de innumerables santos y santas. El Papa es el dueño de todos los méritos, con la facultad de conceder parte de ellos á sus empleados, para que estos á su vez los faciliten á los fieles y puedan sacar almas del lugar de la expiación. Estas *indulgencias* pueden adquirirse bien por dinero, por oraciones ó por algunas prácticas piadosas; las *indulgencias* pueden borrar los pecados pasados, presentes y aun los futuros; no solo los personales, sino aun los de aquellos á quienes no hemos conocido, aunque haga doscientos ó trescientos años que hayan pasado de esta vida á la otra.

Parece increíble que el sacrificio del Mártir de los mártires no tenga suficiente garantía para persuadir y confundir á los que pretenden esparcir tinieblas por la luz de su Evangelio. El sacrificio de Jesucristo fué el único perfecto, y solo uniéndonos á El seremos salvos. No puede estar mas claro y terminante el Evangelio; la salvación es gratuita, no se adquiere con el oro, ni con la plata; *la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado*. Nada nos dice el Evangelio sobre la distinción del pecado, esto es, pecado venial y pecado mortal; sabemos que todo pecado es transgresión de la ley divina, y como la ofensa que se hace es contra la Magestad Infinita, no cabe parvidad de materia. El pecado venial presenta muy claro su objeto, el de poderle aplicar la medicina de la indulgencia. ¿Y qué diremos respecto al apropiarnos los méritos de los santos? Solo diremos con San Pablo: «*Así que cada uno examine su obra, y entonces tendrá gloria solo respecto de sí mismo y no de otro. Porque cada cual llevará su carga.*»

Para persuadirse de la nulidad de las *indulgencias*, basta pararse en sus ridículas formas. Por ejemplo, al entrar en una Iglesia romana, en un altar se lee: «Aquí se ganan cien días de indulgencia aplicables á las ánimas benditas rezando un Credo y una Salve; en otro se ganan ochocientos días; y en otro se gana indulgencia plenaria. Por rezar el rosario de las quince decenas, diez y nueve mil días de indulgencia, siete años y siete cuarentenas.» Nos estenderíamos demasiado citando privilegios como el de la Porciúncula, y las misas de San Gregorio. Hay indulgencias que como hemos dicho, se adquieren por medio de oraciones y prácticas piadosas; pero hay otras, y son las mas eficaces, que solo pueden adquirirse por medio del dinero; tales son las indulgencias que se ganan por medio de misas dichas en altares privilegiados, que rara será la iglesia que no tenga dos ó tres.

Los que admiten el Evangelio en toda su pureza, claro es que rechazan todo nuevo dogma. Pero los que admiten el purgatorio y las indulgencias, es preciso se convenzan de la nulidad del uno por la falsedad del otro. Se podría probar matemáticamente la evacuación del purgatorio por medio de la aplicación de tantas indulgencias esparcidas por el mundo. Y en conclusion, si el Papa es el depositario de las indulgencias, tiene en sus manos las llaves del purgatorio; y si en la tierra es representante de Aquel que cada uno de sus pasos iba señalado de beneficios en favor del paciente, ¿dónde están sus sentimientos de humanidad dejando cerradas las puertas á tantas almas, víctimas de los mayores tormentos? Las indulgencias, pues, son una invención como otras muchas, pero una de las mas terribles invenciones, si bien es cierto ellas levantaron un Lutero que condujo á media Europa al conocimiento del Dios verdadero, con aquellas memorables palabras: «*El justo vivirá por la fé.*»

FELIPE OREJON DELGADO.

LA CAIDA DE UN ÍDOLO.

(Continuacion.)

VI.

Amenazas de una nueva jornada de San Bartolomé.

En el Bajo Rhin, cerca de los campos de batalla de Woerth y de Wissembourg, los curas trataban á los prusianos como si fueran «canibales, séres escapados del infierno, y acusaban á los protestantes franceses de haberse vendido á Prusia.» Fanatizados por sus sacerdotes, los campesinos degollaban á los heridos, y los prusianos, para poner término á esos miserables homicidios, fusilaron en una sola aldea 18 de esos desgraciados asesinos, víctimas de un clero poseído de un espíritu de odio y calumnia. (1)

Los discursos incendiarios de los sacerdotes romanos del Alto Rhin sembraron el espanto entre los protestantes, y el 23 de agosto vió la luz pública en el *Paris-Journal* un artículo que conmovió á la Alsacia entera. Decíase en ese artículo que la débil resistencia de la Alsacia dependía de la accion oculta de los luteranos que poseían cuantiosos bienes, y que esos bienes pertenecían á la sociedad de Gustavo Adolfo, cuyos verdaderos jefes son el rey Guillermo y Bismarck.

El mismo día publicóse por el baron Leon de Bus-sierres y dos pastores protestantes una respuesta al artículo en cuestion, llena de dignidad y de la mas santa indignacion. Los autores afirmaban que el designio de los calumniadores no era otro que arrebatat sus bienes á los protestantes, porque en medio de las desgracias de la patria ese partido (el ultramontano) no perdía nunca de vista sus odios y pasiones de secta.

Las amenazas cesaron en Alsacia durante el sitio de Strasburgo por los alemanes; pero tan luego como se supo que el general bávaro Von des Fann había sido arrojado de Orleans por los franceses, empezaron de nuevo las amenazas contra los protestantes, en términos que los prusianos se creyeron obligados á ocupar militarmente ciertos pueblos poco importantes en donde mas vivas eran las provocaciones.

En la Lorena, segun una carta dirigida al *Journal de Genève*, los católicos estuvieron armados durante tres noches consecutivas para exterminar á los protestantes tan luego como apareciera un cuerpo de ejército que se esperaba. Esas tres noches las pasaron en vela los protestantes atrincherados detrás de sus puertas y dispuestos á defenderse.

Los obispos del Sur de la Francia trasformaban en religiosa una guerra esencialmente politica. El de Nimes publicó el 31 de julio una pastoral en donde decía «que los protestantes franceses hacian votos clandestinos por el triunfo del enemigo.» Afortunadamente la mayor parte de los sacerdotes rehusaron seguir á su obispo por tan peligroso camino. Sin embargo, la alarma fué grande entre católicos y protestantes; estos porque esperaban una San Bartolomé, y los otros porque temian una invasion de protestantes montañeses.

La agitacion religiosa parecia haberse calmado un tanto, cuando el periódico el *Figaro* publicó un artículo de Mr. Ernest la Flaraune, en donde decía que los protestantes hacian suscripciones en favor de los prusianos. Mr. André denunció el artículo el 30 de agosto, y el ministro de la Gobernacion hizo publicar por la Francia entera el castigo que imponia á esas miserables calumnias.

El pastor John Bost, que dirige en la Force varios establecimientos de beneficencia, se vió amenazado hasta el punto que los fanáticos pusieron á precio su cabeza. Instruyóse acerca de esto un sumario y la justicia dió con los culpables, quienes fueron perdonados á petición del mismo pastor á quien querian asesinar.

(1) El autor de estos artículos cita las fuentes de donde ha tomado los hechos que menciona. Nosotros hemos suprimido estas notas para hacer mas fácil la lectura á nuestros suscritores. También hemos omitido muchos hechos en obsequio á la brevedad.

(La Red.)

En resumen, un mismo espíritu animaba á varios periodistas y á una gran parte del clero y de la poblacion francesa. Pues bien, séanos permitido ver en todo esto que esa nacion no marcha al frente de la civilizacion, y que su clero no es el de la verdadera iglesia de Cristo.

Un día bastó para que los jesuitas dejaran de soñar. Ese día fué aquel en que Napoleon depuso su cetro y su espada á los pies del vencedor, y en que la capitulacion de 80.000 hombres fué firmada por ese mismo general de Wimpfen que seis semanas antes llevó á Berlin la declaracion de guerra. Así acababa la nefanda obra que él mismo habia inaugurado, y fué necesario que llegara la víspera de la Argelia para poner su nombre al pie de un acto sin igual en la historia.

VII.

Caida del poder temporal de los Papas.

La noticia del desastre de Sedan asombró en Roma; pero no espantó al Papa y su camarilla. La falsa fé no se deja conmover ni aun por los mas severos juicios de Dios. Sin embargo, era cosa evidente para todos que Roma quedaba abierta para que la ocupara el primero que quisiera. Los *chasse-pots* de Mentana no estaban ya allí para protegerla contra una nueva invasion de garibaldinos, y con la caida de Napoleon habia caido también el respeto á su nombre que solo impedia á los italianos pasar la frontera. Pero Dios, ¿podia abandonar al Papa sin negarse á sí mismo?

Víctor Manuel comprendió que era necesario aprovechar la ocasion que se presentaba, é hizo saber al Papa que para evitar los golpes de la revolucion pensaba en ocupar á Roma. El 12 de setiembre las tropas entraban en los Estados Pontificios y el 19 estaban delante de la capital.

Ese mismo día declaraba el Papa con toda solemnidad que ningun soldado italiano pisaria la tierra de Roma. La Virgen, que le habia aparecido en sueños ó en una vision, se lo habia prometido, y el Papa se complacia en repetir á cuantos le rodeaban las palabras de Maria. Pero la Virgen se engañó, ó el Papa no habia visto ni oído á la Virgen, puesto que el 20 los soldados italianos, despues de un simulacro de resistencia, ocuparon la capital del orbe católico.

El 20 de setiembre, despues de una duracion de 1.115 años, se ha hundido para no volver á levantarse el poder temporal de los Papas. Nadie en Europa se conmovió, escepto los ultramontanos. Estos se indignaron y creyeron que el mundo iba á desaparecer entre las ruinas del Papado; mas no ha sido así. El mundo sigue existiendo como si tal cosa hubiera acontecido. Pio IX lanzó el 1.º de noviembre una Encíclica escomulgando á los autores y cómplices de la sacrilega invasion de Roma, y nadie tembló al ruido de esos rayos papales que en otro tiempo ponian espanto y confusion en los corazones. Los anatemas de los Papas y Concilios no tienen hoy interés sino para aquellos que los lanzan.

El poder temporal de los Papas tenia su razon de ser. Era conveniente que el jefe espiritual de todos los fieles católicos no fuera miembro de un clero nacional, ni por su vida material súbdito de un príncipe de la tierra. Sin embargo, la posesion de un Estado le imponia grandes deberes. Llamándose á sí mismo Vicario de Cristo, debia haber hecho de sus provincias un Eden en medio de nuestra tierra de crímenes y sufrimientos. Si no, debia ser tratado como un príncipe cualquiera á quien Dios despoja de su poder cuando se muestra indigno de ejercerlo. Ahora bien, si habia en Europa un Estado en donde no hubiera ni piedad, ni moralidad, ni luces, ni libertad, ese Estado era Roma. No es extraño, pues, que Dios haya despojado á ese príncipe de su poder temporal, siguiendo la ley comun formulada por el conde de Maistre: «Una muy justa sentencia se ha ejecutado por hombres muy injustos.»

(Se continuará.)

CARIDAD.

I.

Allí tiende mi hermano
Su pobre mano:
Con hambre está y sediento,
Su angustia ved
Y oid su triste acento.
Dad pan al que está hambriento,
Calmad su sed.

II.

Venid: de su pobreza,
Llanto y flaqueza,
Quebranto y sufrimiento,
Piedad tened
¡Que es grande su tormento!
Dad pan al que está hambriento,
Calmad su sed.

III.

Con fé viva en el alma
Su duelo calma,
Y espera su sustento
De alta merced
Que escuche su lamento.
Dad pan al que está hambriento,
Calmad su sed.

IV.

De caridad bendita,
Que al pecho escita
Con noble y santo aliento,
El don verted
Sobre el dolor cruento.
Dad pan al que está hambriento,
Calmad su sed.

V.

Jesús, cual nuestro hermano,
Tendió su mano:
En ~~El~~ merecimiento
Del pobre haced
Y os oirá contento.
Dad pan al que está hambriento,
Calmad su sed.



PARA LOS PREDICADORES.

PLAN DE UN SERMON SOBRE EL TEXTO 1.º Á TIMOTEO, I, 18-19.

«Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que, conforme á las profecías pasadas de tí, milites por ellas buena milicia, manteniendo la fé y buena conciencia, la cual echando de sí algunos, hicieron naufragio en la fé.»

Exordio. De todos los cristianos se ha dicho por un apóstol que son linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido, es decir, que todos, como Timoteo, están en el deber de militar buena milicia, proclamando con sus palabras y obras las virtudes de Aquel que los ha llamado de las tinieblas á su luz admirable.

Proposicion. Los cristianos tienen que sostener un combate, emplear una clase de armas determinada (la fé protegida por una buena conciencia) para preservarse de ciertos peligros.

PRIMERA PARTE.

El combate.

La vida del cristiano es una vida de lucha. Muchos son los textos de la Escritura que nos lo representan como un soldado, como un atleta, y el espíritu de todos ellos es que por muchas aficciones se entra en el reino de los cielos.

Debemos luchar contra el mundo y contra nosotros mismos.

A. Contra el mundo. El mundo es enemistad contra Dios. La paz no puede existir entre los cristianos y el mundo, á menos que estos cedan del cumplimiento de su deber. Jesús ha vivido en el mundo, y el mundo le ha crucificado: si los discípulos reflejan la santidad del Maestro, el mundo al verlos gritará como por instinto: Crucifícalos, crucifícalos.

B. Un adversario mas temible que el mundo es nuestro propio corazon. Para ser fuerte contra los enemigos exteriores, el cristiano debe principiarse por sujetar el enemigo que lleva en sí mismo. El cristiano es hijo de Dios y no puede ni debe vivir en paz siendo una nueva criatura, con el viejo hombre que es un hijo de cólera y pecado.

C. Pero la tarea del cristiano es doble. Semejante á los judíos que ayudaron á Nehemias á levantar los muros de Jerusalem, debe trabajar con una mano y blandir la espada con la otra; debe destruir y edificar.

Ministros de la palabra y simples fieles, todos teneis que sostener ese doble combate. Teneis que destruir el error y edificar con vuestra vida el edificio espiritual en donde entrais como piedras vivas. Vuestra vida debe ser el comentario de vuestras palabras.

SEGUNDA PARTE.

Las armas.

¿Pero quién podrá desempeñar fielmente tan difícil mision? Todo aquel que se confía en Dios y emplea en la lucha las armas de Dios; todo aquel que guarda la fé y una buena conciencia.

A. Definir la fé segun la Santa Escritura. Mostrar que esta fé debe ser personal, que debe tener á Cristo por centro, y demostrar que la fé ciega é ignorante es nula, tan nula como la que únicamente procede de la inteligencia. La fé para salvar, tiene que ser moral y debe tener por fin supremo el amor que procede de un corazon puro y de una conciencia recta. La fé velará siempre sobre el tesoro de la buena doctrina que Dios ha revelado á los hombres, y no permitirá que se predique el dogma con menosprecio de la moral, ni que se exalte la moral rebajando el dogma: el dogma y la moral unidos forman una cadena bastante larga para unir el cielo con la tierra. Si se rompe un solo anillo, no tendremos mas que dos mitades, ambas igualmente inútiles.

B. Con la fé debe guardarse la buena conciencia.

1.º Una buena conciencia no es una conciencia que duerme y cuya voz no se oye casi jamás.

2.º Tampoco es una conciencia seducida por las pasiones y que solo habla para aprobar nuestros desvarios.

3.º Una buena conciencia es una conciencia iluminada por el espíritu de Dios, una conciencia que sabe transmitir fielmente la voluntad de Dios y condenar nuestras acciones por poco que se aparten de la línea trazada por el deber.

Si renunciamos á la buena conciencia, haremos naufragio en la fé.

TERCERA PARTE.

El peligro.

A. ¿Puede perderse la fé? ¿Puede velar Dios la pura doctrina que nos ha revelado? No, Dios no la velará; pero nosotros podemos cerrar los ojos para no verla. Dios es amor y quiere la vida del pecador y no su muerte; Dios es amor y perdonará á todos los que sintiendo su miseria moral se confían en Cristo crucificado; pero no forzará á nadie á que sea salvo á su pesar. Dios quiere ser adorado por seres libres que obedezcan libremente, y no por esclavos cuya única adoracion es el temor.

Así, pues, fidelidad por parte de Dios; posibilidad por parte del hombre de perder su fé si renuncia á una buena conciencia.

B. ¿Cómo se renuncia á una buena conciencia?

1.º Tomando por ideal moral la santidad segun el mundo y no la santidad segun Dios.

2.º También se renuncia cuando no se obedece su voz inmediatamente, porque como ha dicho un filósofo cristiano, «la voz interior es altiva; desdeñada se retira.»

C. Y se comprende que habiendo renunciado á ella se haga naufragio en la fé, porque la fé que no se apoya sobre la conciencia, no es una fé personal. Sin la santidad nadie verá al Señor; sin la santidad la fé es una fé muerta. El sendero del pecado se ensancha y el conocimiento de la doctrina verdadera se pierde. Si se renuncia á la buena conciencia, ¿quién nos dirá que pecamos? Y si perdemos el sentimiento de nuestro pecado, ¿de qué nos servirá la divinidad de Cristo? ¿De qué su muerte expiatoria? ¿De qué la salvacion por gracia? De nada absolutamente. Quizás conservaremos aun algunos girones de un cristianismo sin vida; pero la doctrina que tan bien responde á las necesidades del corazon humano, la fé vivificadora que salva, la habremos perdido; habremos hecho naufragio en la fé.

Aplicacion. 1.º Dirigirse á los creyentes para recomendarles el respeto á la conciencia, la necesidad de la santificacion si no quieren perder la fé.

2.º A los incrédulos decirles que ellos son responsables de su incredulidad, porque si quisieran hacer la voluntad de Dios, es decir, santificarse, poseerian la fé en Jesucristo, el Salvador de los hombres.

3.º Mostrar á unos y otros cuán incomprensible y criminal es no querer hacer nada por nosotros mismos cuando Dios lo ha hecho todo, lo ha dado todo, hasta su propia vida.

EL ÚLTIMO CRÍMEN DE LA INQUISICION.

Cuando la escuela neo-católica, revolviéndose en las convulsiones de su agonía, pide un soplo de vida para dejar triunfante su principio religioso, único remedio en su concepto contra el materialismo de la época, el hombre acostumbrado á buscar en la historia las causas de los sucesos, no puede menos de sentir herido el corazon al recordar los hechos que, medio siglo há, cubrieron nuestra patria de luto y de ignominia.

Habia devuelto á Fernando VII la intervencion francesa, el despotismo mayor que han conocido los pueblos, cuando el partido teocrático fascinando la plebe levantó, á las voces de *Rey absoluto é Inquisicion*, el simbolo de su política, la horca permanente. Principio axiomático era perseguir las familias de los negros hasta la cuarta generacion. Clérigos y frailes predicaban desde el púlpito la matanza de los que no pensaban como ellos. Ejércitos de la fé, juntas apostólicas, consejos secretos de Estado dirigidos por altas dignidades eclesiásticas, dispusieron á su arbitrio de la España y aun del mismo monarca, que conoció muy tarde cuán funesto fué el apoyo concedido á sus religiosos partidarios.

¿De qué se queja hoy la escuela ultramontana? ¿No ha sido ella quien ha educado en la irreligiosidad y el ateismo á la generacion que se estingue en nuestros dias? El ejemplo que constantemente presentaba era el crimen. Chateaubriand escribia indignado al embajador de Rusia: «Procurad que hagan en Madrid algo que se parezca á los actos de un pueblo civilizado.»

Pero el hecho mas escandaloso de aquellos tiempos fué el restablecimiento de la Inquisicion. Los obispos de Tarragona, Orihuela y Valencia levantaron ese tribunal odioso con el nombre de *Juntas de la Fé*, predicando el esterminio y asegurando que los nombres de concordia, paz y fraternidad, eran el arma con que los ateos querian establecer su cetro de hierro.»

El mes de julio de 1826 recuerda el último crimen inquisitorial cometido en Valencia por la Junta de la Fé. La Europa supo con asombro que el partido teocrático se empeñaba todavia en cubrir á la España de vergüenza. El Gobierno aparentaba desconocer la existencia legal de esos tribunales; pero el último suplicio en nuestra patria por moti-

vos religiosos, fué una consecuencia lógica del terrible poder que el monarca concedia á los funestos secuaces del altar y el trono.

Hé aquí el hecho. D. Cayetano Ripoll, maestro de primeras letras en Ruzafa, habia mostrado en conversaciones particulares algun despego á ciertas prácticas católicas. Aunque su moralidad era públicamente reconocida, la Junta de la Fé se apoderó de su persona, acusándole de materialista y de hereje; de que enseñaba únicamente en la escuela los *Manamientos de la ley de Dios*, y de que no asistia á la misa ni se prosternaba ante el Viático.

Después de un proceso inquisitorial, y de la indispensable confiscacion de bienes, la Junta de la Fé ordenó en 30 de marzo de 1826 que fuese entregado á la justicia ordinaria para que fuese juzgado segun las antiguas leyes; y la sala del crimen de la Audiencia falló después «que debia condenar á Cayetano Ripoll á la pena de horca, y á la de ser quemado como hereje pertinaz y acabado y á la confiscacion de todos sus bienes; que la quema podrá figurarse pintando varias llamas en un cubo, que podrá colocarse por manos del ejecutor bajo del patíbulo, interin permanezca en él el cuerpo del reo, y colocarlo después de sofocado en el mismo, conduciéndose de este modo y enterrándose en lugar profano; y por cuanto se halla fuera de la comunión de la Iglesia católica, no es necesario se le den los tres dias de preparacion acostumbrados, sino bastará se ejecute dentro de las veinte y cuatro horas, y menos los auxilios religiosos y demas diligencias que se acostumbra entre los cristianos.»

El desgraciado mártir del furor teocrático no tuvo defensor alguno ni fué interrogado en el curso de su proceso. La resignacion que mostró al escuchar su sentencia fué grande. Los retablos que existian en la carrera del patíbulo, fueron cubiertos para que no fueran profanados por la mirada del hereje. El 31 de julio del citado año de 1826, España levantaba un cadalso para satisfacer la sed de sangre que devoraba al miserable partido inquisitorial.

Tres siglos de despotismo en todas las esferas de la vida trajeron á nuestra patria á esa abyecta degradacion que todos lamentamos. ¿Cómo habrá todavia quien intente resucitar instituciones muertas para remediar los males que ellas solamente motivaron? O hay sobra de ignorancia ó de mala fé; tal vez de ambas: los hechos lo demuestran. Atrás, pues, vosotros los que teneis en los labios el nombre del Señor y el corazon lleno de odio y podredumbre; pasaron vuestros dias. Ya que la hiel que reboisais ha corroido un tiempo á nuestra patria, dejad libre el porvenir: este pertenece á Cristo.

LA PESCADORA.

El sol empieza á ponerse
Y las olas á agitarse:
Las montañas se coloran
Y las brumas se deshacen.
Azul está el firmamento,
Azules están los mares,
Las barquillas van bogando,
¡Salve, marineros, salve!

Sobre la playa sentada,
Y llorando sus pesares,
Estaba una pescadora
Que la mar dejó sin padres.
Blancos capullos de espuma
A sus piés las olas traen:
Lloran un rato con ella,
La saludan luego, y parten.

«Pescadora cuitada, decia,
La serena y radiante alegría
De tiempos mejores
Huyó de tu lado;

No te queda otra suerte, alma mía,
Que surcar de los negros dolores
El mar iritado.

Una noche de negra fortuna,
A los rayos de placida luna
Tiróse gozoso
Mi padre á los mares;
Desde entonces no hay noche ninguna
Que yo pueda gozar de reposo,
¡No hay una, ni una!

Al principio, con dulce embeleso,
Su poético y cándido beso
Las olas posaron
Sobre él bulliciosas;
Su barquilla jugando asaltaron,
Y en su afán sin igual, le contaron
Millares de cosas.

Mas despues las estrellas huyeron
Y la luna tambien, y cubrieron
Los cielos, espesas
Tinieblas sin par:
La barquilla las olas cogieron
Y sin lástima alguna la hundieron.
¡Matóle la mar!

Negras ondas, sepulcro flotante
De una vida sincera y amante,
¡Traidores halagos
Los vuestros, oh suerte!
Vuestro abrazo es falaz é inconstante,
Vuestros besos de amor son aciagos,
Producen la muerte »

El mar siguió rebramando;
Acabó el sol de eclipsarse,
Y empezaron á verter
Luz los astros á raudales:
Y mirando á las estrellas,
Y otras veces á los mares,
Al arrullo de las ondas
Ella siguió lamentándose.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

Cartagena 24 de junio de 1871.

MEDITACION.

«Yo soy la resurreccion y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.
Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» (Juan, xi, 25 y 26.)

El desconcierto que reina en el mundo entre sus diversos sistemas de moral, es grande. Y ese mundo que menosprecia al hombre, que vive tranquilo en la cristiana fé, no halla momento de reposo.

Hojea á veces con febril curiosidad las páginas reveladas, y nada encuentra que le fortifique. Manifiesta cierto entusiasmo ante las sublimes palabras de Jesús, acepta su ley divina como la idea mas grande de regeneracion humana, y no por eso encuentra tranquilidad ni deja de temer al porvenir.

La causa de toda su desgracia es la falta de fé. Porque la fé que salva no es un mero asentimiento á la historia y doctrina del Evangelio. Esta fé es muerta; es la fé de los diables «que creen y tiemblan.»

La fé salvadora es aquel doble movimiento del corazon y la mente, que nos acerca hácia Cristo, único redentor nuestro, para encontrar en El, que es el pan de vida, nuestro alimento espiritual, y colocar en su poder y misericordia nuestra humilde, pero entera confianza, con el firme propósito de someternos á su blando yugo.

Las cosas viejas pasan mediante esta fé, que nos hace dignos de alcanzar los frutos apacibles de santidad, caridad y mansedumbre.

La muerte y esclavitud del pecado nos hirió.

¿Cómo habríamos de encontrar la salvacion si rehusásemos aceptar el único remedio? Nada saludable puede engendrar «el corazon malo de incredulidad;» de nada nos sirven tampoco las vagas especulaciones sobre los fundamentos de la religion.

«Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os haré descansar.» Estas son las palabras del que solo por nuestra salvacion sufrió el martirio. Oigámoslas. Obtenida la reconciliacion con el Padre por el sacrificio de Cristo, recordemos que únicamente llegamos á un estado de verdadera paz y santidad, sometiéndonos *totalmente* al influjo de su espíritu divino. Por medio de ese espíritu convierte el Redentor nuestros depravados corazones, refrena nuestros afectos pecaminosos, nos hace partícipes de su misma santa naturaleza, preparándonos así para el goce de la eterna salvacion que nos ha procurado por el mérito de sus obras y por su santo sacrificio.

Si la fé no influye para nada en nuestra vida, estéril es el conocimiento de un sistema religioso. El cristianismo tiene un fin esencialmente práctico; y el haber oido y entendido la doctrina de Jesús, si no nos hubiésemos unido por completo á su santa obra, no hará mas que agravar un día nuestra condenacion. El Evangelio lo dice: «No todo el que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos.» «Cualquiera que me oyere estas palabras y no las hace, le compararé á un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia y vinieron ríos; y soplaron vientos é hicieron impetu en aquella casa; y cayó y fué grande su ruina.» (Mat. vii, 21, 26, 27.)

TEXTOS

PARA LOS DIAS DEL 15 AL 31 DE JULIO.

Sábado 15. Jeremías, xiv, 20.—Reconocemos, oh Jehová! nuestra impiedad, porque contra Tí hemos pecado.

Domingo 16. Salmo vi, 7.—Y yo en la multitud de tu misericordia entraré en tu casa, adoraré hácia el templo de tu santidad en tu temor.

Lunes 17. Deuteronomio, viii, 18.—Acuérdate de Jehová tu Dios; porque El te dá el poder para hacer las riquezas.

Martes 18. Salmo cxix, 61.—No me he olvidado de la ley.

Miércoles 19. Proverbios, xx, 13.—No ames el sueño, porque no te empobrezcas: abre tus ojos y te hartarás de pan.

Jueves 20. Romanos, ii, 6.—El cual (Dios) pagará á cada uno conforme á sus obras.

Viernes 21. Romanos, ii, 9.—Tribulacion y angustia será sobre toda persona humana que obra lo malo.

Sábado 22. Romanos, ii, 10.—Mas gloria, y honra, y paz á cualquiera que obra el bien.

Domingo 23. 2.^a Samuel, xxii, 7.—Clamé á Dios, y El oyó mi voz desde su templo.

Lunes 24. Exodo, xx, 16.—No hablarás contra tu prógimo falso testimonio.

Martes 25. Deuteronomio, vi, 17.—Guardad cuidadosamente los mandamientos de Jehová nuestro Dios.

Miércoles 26. 2.^a Crónicas, xxix, 10.—Yo he determinado hacer alianza con Jehová el Dios.

Jueves 27. Salmo lv, 17.—Tarde y mañana, y á medio día oraré y clamaré; y El oirá mi voz.

Viernes 28. Jeremías, v, 25.—Vuestros pecados apartaron de vosotros el bien.

Sábado 29. Lucas, ix, 60.—Tu vé, y anuncia el reino de Dios.

Domingo 30. Nehemias, vi, 10.—Juntémonos en la casa de Dios, dentro del templo.

Lunes 31. 1.^a Pedro, v, 14.—Paz sea con todos vosotros los que estais en Jesucristo.

Señor Don A. C.

CARTAGENA 3 de julio de 1871.

Mi querido amigo: La quincena ha sido poco abundante en sucesos: así es que muy poco ó nada tengo que relataros.

De todas maneras hay aquí una cosa que nunca olvidaré: el mar visto de noche. Figuraos la luna asomando púdicamente la cabeza esmaltada de rayos por detrás de las montañas del puerto; figuraosla despues en lo alto del cielo vertiendo raudales de luz sobre las ondas, ora inquietas, ora apacibles; figuraos la ancha banda de plata que sus rayos proyectan sobre el mar; las montañas de la derecha ó de la izquierda, segun la posición de la luna, bañadas de claridad, las otras sumidas en una penumbra misteriosa; la brisa tibia cargada de sales marinas; las barquillas que esmaltan las aguas; las estelas que dejan tras sí el canto perdido de algun marinero; el azul sin mancha del firmamento; la calma augusta de la naturaleza; figuraos este cuadro hermosísimo, y apenas podreis formaros una idea de las bellezas que ha desparramado el Creador sobre esta obra de sus manos. Y el cuadro no es invencion de poeta; es una fotografía hecha á la pluma, de la que solo estoy seguro de una cosa, y es la de no haber sabido interpretar su belleza. Mares, firmamento, tierra, fenómenos naturales, tiranos ayer del hombre, tiranizados hoy por él; siervos de sus caprichos, os agitareis, os movereis, os retorcereis entre las cadenas de vuestra servidumbre y celebrareis la victoria del hombre sobre vuestra inconstancia, sobre vuestra inconsciencia cumpliendo lealmente sus órdenes y obedeciendo apresuradamente sus mandatos. ¡Qué soberanía tan omnipotente es la de la inteligencia! ¡Que omnipotente debe ser el que ha creado esa omnipotencia!

Aquí ha habido sus pequeñas demostraciones católicas, no me atrevo á llamarlas verbenas, las vísperas de San Juan y de San Pedro. No se parecen á las de Madrid, pero no por eso deja de resplandecer en ellas el buen humor católico de una manera extraordinaria. La de San Juan tiene poco de notable; la de San Pedro fué un poco mas digna de la celebridad que gozan las verbenas españolas. Hubo hogueras en las calles, cohetes, carretillas, quemaduras de personas, corridas y algazara; cosas todas que han desaparecido há muchos tiempos de los pueblos que prefieren llamarse cultos á divertirse un rato quemando pólvora, como pudiera hacerlo un pueblo compuesto de niños inocentes. Los periódicos escitaron al Ayuntamiento á que prohibiera semejante género de regocijos; pero el Ayuntamiento, por lo visto, hizo oídos de mercader. Se habia hecho una suscripcion en favor de uno de los obreros de este arsenal de los de la última huelga, y este, polvorista, dispuso unos pocos trabajos de su arte, para corresponder sin duda en algun modo al beneficio recibido, y se escogió la víspera de San Pedro para quemarlos. Era de ver el número de gentes que acudió al espectáculo. La plaza donde se celebraba la funcion no era mas que un hervidero de cabezas humanas. Horrible concierto de chicharras, cuernos y otros instrumentos tan armónicos como los susodichos llenaban los aires. Por fin lucieron los fuegos, hubo un poco de humo y unos pocos gritos, y aquí concluyó la funcion. Escuso decir que nadie se acordó de San Pedro, ni de Pio IX ni de ninguno de los bienaventurados de la corte celestial. Los santos romanos no son mas que pretextos para saturnales extravagantes, cuando no bárbaras.

Y ahora vamos á otra cosa. En mi anterior le prometia decirle algo sobre la famosísima cruz de Caravaca. Hélo aquí. Los siguientes datos se los debo á la amabilidad de una persona que simpatiza con todas las buenas causas.

Allá en los buenos tiempos de la Edad Media, en el siglo XIII á lo que creo, ocurrió, segun la tradición, la portentosa aparicion de la cruz de Caravaca, que cuentan es un fragmento de aquella en que murió el Salvador, como lo prueban los maravillosos milagros que tan pomposamente propalan los

vecinos de dicha ciudad. El hecho, según ellos, fué así.

Siendo Caravaca la capital de uno de aquellos infinitos y diminutos emiratos ó reinezuelos en que los moros dividían los territorios en donde dominaban, y siendo Abu-Zeid el emir de aquel reducido territorio, se le ocurrió un día dar ocupación á los prisioneros que tenía en su castillo, cogidos en las frecuentes correrías que hacía en tierra de cristianos. Con este objeto preguntóles su oficio á cada cual; pero al preguntar á un tal Chirinos, este le contestó que su profesión era la de sacerdote, y su ocupación la de decir misa. Diéronle grandes deseos al emir de saber qué era una misa, y mandó á Chirinos que dijera una; pero habiendo hallado el inconveniente de no haber en los alrededores los utensilios necesarios, fué preciso traerlos de Cuenca, población de cristianos mas inmediata en aquellos tiempos á Caravaca. Allanada que fué la dificultad, improvisóse un altar en uno de los salones del castillo, y en presencia de Abu-Zeid y su corte dió principio el cura Chirinos al *incruento sacrificio* de la misa; pero al poco tiempo quedóse parado y como si le faltara alguna cosa. El olvidadizo Chirinos no había puesto ninguna cruz en el altar; la situación era apurada; pero ¡oh portentoso! de repente inúndase la estancia de vivísima claridad; un dulcísimo y suave olor se esparce por ella, y se vé á dos ángeles bajar una cruz y depositarla en el altar. En vista de tan estupendo acontecimiento el emir y toda la corte se convirtieron al cristianismo.

Esto dice la tradición. La historia es verdad que lo desmiente; pero no obstante, ciertas gentes, para quienes la historia no significa nada, creen en la tradición, como creen en los muchos milagros que dicha cruz ha obrado y aun obra. Le narraré á Vd. algunos, pues sería interminable tarea decirse los todos.

Durante la invasión de los franceses, que también ocuparon á Caravaca, se instalaron en el castillo, los naturales, para evitar la profanación, determinaron bajar la cruz á una de las iglesias del pueblo, y así lo verificaron hasta la evacuación de los invasores. Entonces con una solemne procesión volvióse á subir la cruz á su santuario. El demonio sin duda hizo que el día determinado para el caso fuera tempestuoso de una manera horrible; pero la cruz, que pudo desbaratar los infernales propósitos de Satanás, se contentó con que durante la procesion no se apagara ningún cirio. Lo que no he podido averiguar es si los encendieron. Mas no es este solo el milagro de aquel día; al llegar la comitiva á las puertas del templo estaban cerradas (?) y las llaves no parecían; pero la santa cruz no quiso esperar é hizo que las puertas se abrieran de repente. A esto me han dicho algunos que no le dé crédito, que las puertas se abrieron al aglomerarse la gente á ellas para librarse de la lluvia, por la sencilla razón de que no tenía llave ni cerrojos. Esto lo dicen los *impíos*, por lo que es preciso creer que las puertas se abrieron por influencia divina.

Todos los años se hacen á la cruz suntuosísimas fiestas, en las que si bien se gastan algunos reales, las personas que mas íntimamente se *tratan* con ello, no deja de producirles muy buenos pesos. Y este sí que es milagro. En dichas fiestas, en que con suma constancia se repiten anualmente *patentísimos* milagros, es costumbre inmemorial, al llegar la procesion á la glorieta, en un bonito templete construido al efecto, bañar la cruz. Mucho antes de esta ceremonia, ya está rodeado el templete por multitud de ciegos, cojos, mancos y tullidos, los que en el momento del sagrado baño se arrojan al agua en tropel. ¿Y qué dirá Vd. que sucede? Mas de la mitad de aquellos *cojos, ciegos, etcétera*, salen sanos y alabando la misericordia de tan santa reliquia, y los restantes salen desconsolados, en triste castigo de su credulidad. Para los primeros lueven las dádivas y las limosnas, mientras las gentes dicen de los segundos, que si en ellos no se verificó el milagro, fué por la falta de fe. Debo advertirle á Vd. que los cojos que sanan, lo mismo que los ciegos, son forasteros, y que, curio-

sos observadores, han tenido lugar de verlos antes del milagro y á una legua de la población, á los primeros andar con las muletas al hombro, y á los segundos correr sin lazarillo.

Pero el milagro mas encantador y que puede muy bien decirse que pertenece al género bufo, porque en esto de los milagros católicos, como usted sabe, los hay de varios géneros, es uno que refiere un libro escrito por un jesuita y que contiene mas de quinientos *verificados* por la cruz.

Ocurrió que á un peregrino que vino á visitar el santuario en calidad de penitente, le dieron deseos de robar la cruz; no se sabe cómo, pero al fin pudo llevar á cabo su designio, y marchóse del pueblo llevando metido en una alforja tan rico tesoro. (como que tiene un engaste plata y oro salpicado de diamantes.) No habría andado media legua, cuando sentía que la alforja le pesaba enormemente, por lo que, rendido, sentóse á descansar. Quiso contemplar de nuevo su celestial tesoro; pero cuál fué su sorpresa al meter la mano y no hallar la cruz. No fué esto solo; la cruz no se contentó con burlar al ladrón, sino que tuvo la humorada de llenar la alforja de piedras, que era el peso que tanto abrumaba al peregrino.

Ya Vd. vé si tan sorprendentes milagros podrán por sí solos haberle dado á la cruz la fama que gozó en aquellos *felices tiempos* de la Inquisición y los conventos. Varios príncipes visitaron la sagrada reliquia y le concedieron varios privilegios, así como un Papa le concedió bula de culto de patria, y muchos obispos infinitas indulgencias á los devotos que le den limosnas.

Se me olvidaba decir á Vd. un milagro reciente. El año 1858 ó 59, cayó en el santuario un rayo, pues es un sitio propenso á ello por estar situado sobre un cerro que domina la población, el cual causó algunas averías en el altar de la misma cruz; el pueblo todo decía que aquello era un acto de misericordia, por el cual habría librado á alguna persona de que le cayera; pero al año siguiente no hubo misericordia para dos desgraciados niños que, amparados bajo un árbol durante una tormenta á poca distancia del pueblo, fueron muertos por una exhalación. Lo mismo exactamente que el año 1854, que mientras el cólera diezaba á Caravaca, en los pueblos distantes una y dos leguas de él, no se presentó ni un caso de la espantosa epidemia. ¡Oh ley terrible del tiempo, cómo haces cambiar de costumbres hasta á las *celestiales* cruces!

Creo que esto le bastará á Vd. para formarse una idea de este asunto. Hasta quinientos, todavía faltan algunos milagros; pero no quiero abusar de su paciencia ni de la de los lectores de LA LUZ.

Soy de Vd. afectísimo amigo y hermano,
ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

BIEN ESCRITO.

Trascribimos á las columnas de LA LUZ la siguiente carta remitida por nuestro buen amigo D. Luis A. Fernandez, pastor de la Iglesia cristiana española de Córdoba, al obispo de la misma ciudad, porque además de estar bien escrita, revela el carácter de intolerancia de los llamados ministros de Cristo que obedecen al Pontífice romano. Dice así:

«ILMO. SR. OBISPO DE CÓRDOBA.

Acabo de saber por conducto fidedigno que V. S. I. ha pedido de oficio la exhumación del cadáver del niño José Castillo, de 21 meses de edad, que de orden superior ha sido inhumado en el cementerio llamado de San Rafael.

Esta petición la hace V. S. I., obispo de una Iglesia cristiana.

Esta petición la hace V. S. I., cuya ilustración es notoria.

Esta petición se hace por V. S. I., que conoce el Evangelio y la predicación de Jesucristo. No lo comprendo. O V. S. I. ha sido mal informado ó no ha meditado bastante V. S. I. las consecuencias que se deducen de semejante petición.

¿Ignora V. S. I. que el niño, cuyos restos mortales han causado tanto ruido, fué bautizado con agua

natural por un hombre cristiano, ex-presbítero de la Iglesia de romana y hoy nuevamente presbítero de ella, si no ha protestado nuevamente de sus doctrinas, presbítero que tantos días de gloria y de placer causó á V. S. I. con su pública y *sincera* retractación de lo que llamó sus errores?

Verdad que aquel agua no estaba ni siquiera bendecida por un hombre; verdad que aquel hombre que la administró no reconocía entonces (y no sé si hoy) la suprema autoridad, la infalibilidad, el vicariato divino del Obispo de Roma; pero en verdad que el niño recibió agua *natural* sobre su frente, en forma de cruz, diciéndole á la vez: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amen.» Verdad que estas palabras se dijeron en buen español y no en latín, y esto es muy grave; pero creo positivamente que quedó tan cristiano como todos aquellos á quienes una matrona administra el agua en caso de necesidad; tan bautizado como cualquiera que sea bautizado por cualquier presbítero, obispo ó Pontífice de la Iglesia romana.

Pero aparte de esto, y además de esto, ¿no dijo Jesucristo á sus discípulos: *Si no fuéreis como estos niños no entrareis en el reino de Dios?* ¿No dijo Jesús á los apóstoles: *Dejad los niños venir á mí porque de ellos es el reino de los cielos?* ¿Es posible dudar que el alma de un niño de 21 meses, que no puede tener pecado personal, deje de estar en posesión de la gloria eterna? ¿Es posible que este niño no esté con Jesús, cuando Jesús ha dicho: *Si no fuéreis como niños no entrareis en el reino de los cielos?*

Pero V. S. I. pide la exhumación de los restos mortales de un niño; pide que su cadáver sea arrojado de un lugar en donde cabe, y es muy justo, el cadáver de un ateo, de un materialista, de un asesino, de un suicida, de un ladrón; y digo que es muy justo, porque muerto un hombre solo queda en la tierra, tierra, y ante la tierra y en la tierra poco debe hacer un tribunal: V. S. I. sabe que un criminal muere en un patíbulo y ante su cadáver el reo desaparece, por mas que haya habido algun obispo ó Papa que mandara exhumar é infamar y arrojar al Tíber el cadáver de otro Papa.

Pero V. S. I. pide que sea arrojado del cementerio, llamado de San Rafael, el cadáver de un niño de 21 meses, sin recordar sin duda que Jesucristo dice (Evangelio de S. Mateo, cap. XVIII, ver. 5): *Cualquiera que recibiere un niño en mi nombre, á mí recibe.*

Ilmo. Sr.: no hizo tal Jesucristo, no mandó semejante cosa á sus apóstoles; solo cuando el odio ó el furor fanático ha llenado los pechos, se han presentado en la historia casos semejantes, mengua de la dignidad y de la santidad de la Iglesia cristiana.

Depongamos, el que lo tenga desgraciadamente, I. S.; depongamos si lo tenemos en el corazón hasta la última sombra de odio y de fanatismo; paso al amor, paso á Jesucristo, paso al Evangelio; enseñemos á los hombres á amarnos mutuamente con verdadero y puro amor cristiano.

Por el amor de Jesucristo, para crecimiento de la Iglesia cristiana, por la gloria de la Iglesia de Jesús, nuestro único Salvador, Abogado y Mediador para con Dios, ruego á V. S. I. retire la petición que motiva estas líneas y deje descansar en la tierra, que *toda es de Dios*, los restos de un niño, cuya alma mora seguramente con éxito en el reino de los cielos que promete Jesús á todo el que sea semejante á un niño.

Con este motivo, I. S., tengo el honor de ofrecer á V. S. I. el testimonio de mi consideración y respeto, y B. S. A. P.

LUIS A. FERNANDEZ.

Córdoba 4 de julio de 1871.

BIOGRAFÍA.

(Conclusion.)

CONVERSION DE UNA CATÓLICA CONTADA POR ELLA MISMA.

«Examinadlo todo; retened lo bueno.» (2.ª Epístola del apóstol San Pablo á los Tesalonicenses, cap. V, 21.)

El tiempo iba pasando en una constante lucha, entre la irritación de mi pobre madre y los trasportes de su corazón afligido. Este último combate era para mí el mas difícil, porque nadie sabe cuánto cuesta el resistir á las lágrimas cariñosas de una madre á quien se adora, y parecíame aquella resistencia hasta algo opuesta á la naturaleza, pues dice Dios á los hijos: «Obedeced á vuestros padres.» Sin embargo, acordábame también de aquellas otras: «Mejor es obedecer á Dios que á los hombres: el que

ama á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí.» «El que pierde su vida por mi amor, vuelve á encontrarla; cuando los tuyos te hayan abandonado, el Eterno te recogerá.»

¡Ah, por experiencia vine á saber que esto último era una verdad! Yo iba á Dios para encontrar la vida, y tuve la dicha de comprender que mi alma se habia salvado en Jesucristo. Los rayos del Sinaí eran dulce armonía para mi espíritu, y por eso, aun cuando la tempestad crecía en mi alrededor, aunque todo el mundo me rechazaba, mi alma gozaba de una paz interior que nada era capaz de turbar.

A pesar de esto, seguía mi controversia con algunos sacerdotes, bastante sinceros por cierto, que se empeñaban en volverme á su redil, y un día el arzobispo me invitó á que pasara á su palacio con el mismo objeto. Yo le di las gracias por tanto honor como quería dispensarme, y hube de contestarle que nada tenía que consultar con él, si bien me hallaba pronta á responder de mí fé á todos los que viniesen á mí. En este estado quedé el asunto, y considerándose cada vez mas como una oveja extraviada, fui abandonada de todo el mundo, fortaleciendo el Señor de día en día mi espíritu con su gracia.

Después de mi separación de la Iglesia romana, hube de acordarme de aquella visita que despertó la luz en mi alma, y teniendo grandes deseos de verle, le escribí todo cuanto me habia ocurrido: pronto vino á mi invitación, y á pesar de la frialdad con que fué recibido por mi madre, siempre me mostraba el mismo interés. Cuando nos visitaba daba principio por alguna lectura, para rogar después y atraer sobre nosotros las bendiciones del cielo, y así se iba pasando el tiempo, sin que asistiera por mi parte á ningún culto, entregada á mi Nuevo Testamento, á mis cánticos religiosos y á las visitas de nuestro amigo; pero sobre todo esto, á la dulce compañía de nuestro buen Jesús, que llenaba mi alma de consuelo y me fortalecía con la paz de su divina gracia.

Se dirá, por qué no me unía á cualquiera Iglesia que profesara poco mas ó menos mis creencias: pero así como yo entendía que primero era seguir á Dios que á los hombres, no podía prescindir de la obediencia que debía á mi madre, y aguardaba que un día me lo permitiera. En el interin, el Señor no me abandonaba y nunca he sentido su auxilio mas poderoso que en aquella época de privación: el desierto de mi retiro se habia convertido para mí en una tierra fértil: yo hubiera deseado esclamar ante todo el mundo: «Venid y ved cuán bueno es el Señor,» pero era muy pequeño el círculo en que yo giraba: todos me huían y nadie tenía para mí otra mirada que de desden ó de desprecio, lo cual no afectaba ni en lo mas mínimo á mi espíritu, pues toda mi dicha era Jesús, y solo en El tenía puesta mi esperanza.

Sucedía que alguna vez preguntábanme las causas que me habian hecho cambiar de creencias, y entonces hablaba con toda la efusión de mi alma. Ignorante era, pero cuántas veces experimenté el consuelo de aquellas palabras: «No paseis cuidados por lo que habeis de hablar, porque os será dada toda respuesta: no sereis vosotros, sino el espíritu de vuestro Padre, el que por vosotros hablará;» y en circunstancias tales nunca faltóme su ayuda, y refería con la mayor facilidad cuanto entonces habíame sucedido.

El permiso que yo aguardaba de asistir públicamente á un culto evangélico, no venia nunca: mi madre iba poco á poco perdiendo todas sus prevenciones contra mí, puesto que se la habia hecho creer que una vez separada de la Iglesia incurriría en un abismo de pecado, y se iba convenciendo de que aquella profecía no se cumplía jamás; por consiguiente la cuestión tenía ya para ella muy diferente aspecto. Por mi parte, rogaba á Dios de todas veras que abriese su alma á la luz de la verdad y que me fortaleciera para cumplir dignamente mis deberes filiales, con lo que yo queria probarle la eficacia de la fé que santifica al pecador. La Iglesia romana enseña que la seguridad de nuestra salvación permite al hombre una libertad funesta, esto

es, quiere que sea siempre un esclavo: pero ¿qué es lo que dice á cerca de esto la Escritura? Que el amor divino engendra en nosotros una obediencia perfectamente libre, pues nosotros no amamos á Dios para que nos ame en recompensa, antes bien, por lo mucho que nos ha amado.

Solo muy de tarde en tarde seguía yo sosteniendo mis discusiones con el clero, pues me habian ya abandonado á mi triste suerte; no obstante, recuerdo que la última fué con el superior de los padres Capuchinos, hombre amable y muy bueno, el cual, sin anatematizar ni exajerar mis doctrinas, se separó de mí, ofreciéndome rogar á Dios por la oveja extraviada, que un día volvería á su antiguo redil. No he vuelto á verle mas en mi vida, y sin duda habrá muerto. El día que sostuvimos aquella conversacion fui después á ver á mi madre, que por cierto se mostraba de día en día mas propicia hacia mí; pero un domingo llenóme de sorpresa al oirla hablarme de esta manera: «Puesto que solo quieres obrar por tu voluntad propia, te anuncio que en mi casa no puede vivir una persona que está separada de todo culto: por consiguiente, desde hoy vé cómo te arreglas para reunirte á los tuyos.» Grande fué mi sorpresa; pero no observando que mi madre retirase sus palabras, desde aquel día comencé á asistir á la Iglesia evangélica de nuestra villa, donde ¿no hallé «ni sábios, ni nobles segun la carne;» pero no sabia yo, por ventura, «que Dios se sirve de los mas débiles para confundir á los fuertes, á fin de que nadie se glorifique delante de El?»

Con la autorización, pues, de mi madre, comencé á recibir la visita de un pastor, y muy luego quise participar de la Cena, confesando así públicamente la verdad que inspiraba á mi alma. Aproximábase la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; hacia mas de un año que yo no habia comulgado, y anuncié aquel acto á mi madre toda llena de regocijo. ¿Sabes, me dijo después un día, sabes el por qué te he permitido reunirte á tu Iglesia? Aquel buen Capuchino, cuya visita recibimos hace algun tiempo, me exhortó á que de cerca te dejara ver lo que era esa secta á la que tanta inclinación sentias, porque juzgándote sincera en tus errores, creyó que esto seria el mejor remedio para que retrocedieras. ¡Pobre hombre! ¡Y cómo se engañaba! ¡Cuántas veces, desde aquel día, he rogado al Señor para que iluminase su espíritu!

Aquella predicción no se ha cumplido en manera alguna; antes bien, mi alma se ha fortificado en la fé, y hoy mas que nunca confío en las promesas del Verbo hecho carne: hoy mas que nunca pudiera decir á todo el mundo: «Venid y ved:» y hoy mas que nunca se escapa de mi alma gozosa esta plegaria: «¡Levántate sol de justicia, ó ilumina á mis hermanos! ¡Ven á establecer el reino de Dios en el país de mis mayores! ¡Rompe las trabas que una religion dominadora ha puesto entre la verdad y las conciencias! ¡Haz que todos comprendan la utilidad de la enseñanza de las Sagradas Escrituras! ¡Oh, Dios mio, haz que brille sobre mi pueblo la luz de tu sabiduría!»

Todo este invierno, el primero después de mi conversión, lo he pasado entre los cuidados de mi pobre madre, y las visitas de algunos amigos cristianos. ¡Cuán grato es hallar tambien quien haya pasado por la misma prueba á fin de adorar al Señor un día en espíritu y en verdad!

Muchas veces en mis discusiones con los sacerdotes, habíame oído llamar calvinista ó luterano, y yo rechazaba aquellas calificaciones, por lo que de ellos dice la Iglesia romana. Por ejemplo, el abate Gaceme, hablando de Lutero, dice: «Era un religioso de Alemania que, quebrantando sus votos de pobreza, castidad y obediencia, apostató de la fé, y habiéndose casado con una monja, púsose á predicar contra la Iglesia católica. Llevaba una vida escandalosa y murió al salir de un banquete, donde segun su costumbre, se habian hartado de manjares y de vino.» Y respecto de Calvino, dice: «Es un hombre que adoptó los errores de Lutero, añadiendo ademas los suyos propios y se estableció en Ginebra, donde predicó su secta. Libertino, orgulloso y cruel, murió en esta ciudad de un mal vergonzoso.» Esta

religion, pues, fundada por Calvino y Lutero, es la de los protestantes.... ¡Basta simplemente leer estas líneas para convencerse de cuán falsas son. Hé aquí cómo se enseña la historia en esta Babilonia de los modernos tiempos. De esta manera no es extraño que haya tantos fanaticos contra la pureza de nuestras doctrinas!

Una vez sabido el cómo se realizara mi conversión, á nadie sorprenderá el que me indignase de esas páginas anteriores, cuando tuve á las manos la vida de ambos reformadores, escrita por Mr. Merle d'Aubigné, y en la que he podido convenir, en que ellos pasaron por las mismas dudas y ansiedad que al principio me atormentaron. Cuánta atracción sentía hacia el dolor de Lutero, al hablar por la primera vez: «Tú Iglesia está destruida, y el jefe que la dirige ha usurpado el lugar de Dios.» Y Calvino.... ¡esa grande figura, para quien la ley de Dios era tan santa y tan sagrada! ¿Cómo es posible decir de ellos tales mentiras? ¿No bastarian esos hechos que se les imputan, por sí solos, para abrir los ojos de los mas ciegos, y separarse de una Iglesia cuyo fundamento fuera el vicio y el escándalo....? Y sin embargo, el catolicismo preconiza aquello de: «el fin santifica los medios,» mientras que nosotros vemos en las palabras de Dios: «¿Haremos el mal, para que el bien llegue con dia? ¿Pecaremos, para hacer mas abundante la gracia de Dios?» «¡El Señor nos libre de ello!»

En la primavera de 1847, perdí mi buena madre: quiero creer que su alma recibió la luz divina, pues aunque de una manera ostensible no dejara la Iglesia romana, la confianza que al fin dispensó á mis amigos, y sus meditaciones de la Palabra de Dios, hácanme creerlo así.

Antes de su muerte nos recomendó á aquel amigo, por quien despertó mi espíritu á la vida de la fé, y fué para nosotros como un segundo padre, lo mismo que para todos aquellos que le rodean, continuando hoy su ministerio de amor y de caridad como en aquel entonces.

Hoy tengo la alegría de que mis hermanos participen de mi misma fé, y al concluir de trazar estas líneas, solo me resta esclamar: ¡Bendito sea el Señor, por tantas pruebas de misericordia y de amor como ha dado á mi alma. Bendito sea por su paciencia en sufrir mis vacilaciones, y guiarme por el verdadero sendero de la vida! Yo espero, Dios mio, que me sostendrás como hasta aqui, pues eres el mismo hoy, siempre, y en los siglos de los siglos.

Si esta pequeña historia llegase á alguna alma que tenga sed de justicia en la Iglesia romana, yo la invito á recurrir á la fuente de todas las gracias; Jesús es el camino, la verdad y la vida: su Palabra y su Espíritu pueden guiarnos mejor que hombre alguno. Y si por la gracia de Dios alcanza un día la paz, que solo en Cristo se halla; si se despoja del peso que la retiene para subir á la Jerusalem celeste, podrá decirle como yo me he dicho á mí misma:

Que el nuevo día al despertar la aurora,
Alumbre un paso en tu carrera al cielo;
Breve es la vida; un hora y otra hora,
Del hombre marca el sempiterno anhelo:
Pues bien; solo en Jesús la dicha alcanza
El que abriga su amor, fé y esperanza.

A. ...***

NOTICIAS VARIAS.

La Union cristiana de jóvenes que celebra sus sesiones en la capilla de la Madera Baja, se ocupa con gran actividad en la impresion de su reglamento y estatutos, con el objeto de dirigir un ejemplar á todos los pastores de Iglesias establecidas en España para ver de formar una union general. Grande es la idea; mucho será el bien que los jóvenes podrán hacer á la causa del Evangelio, y no dudamos que la bendición de Dios marcará cada uno de sus pasos, siempre que estos tiendan á procurar su mayor honra y gloria y estender el reino de Cristo.

El último culto celebrado en la calle de Valverde estuvo muy concurrido. Adelante, sembraremos con fé el Evangelio y recogeremos cristianos.

Recomendamos á todos los cristianos el libro poco há impreso, que tiene por título: *Breve tratado de doctrina, útil para todo cristiano, por el Dr. Juan Perez*. Este libro podrá servir de guía á los que son tibios en la práctica de las Escrituras, y con los consejos y lecciones que suministra podrá servir para que suministremos á muchos la luz del Evangelio.

El miércoles 19 de julio, á las ocho y media de la noche, se reunirán en oración todas las congregaciones evangélicas de esta capital en la iglesia de Jesús, calle de Calatrava, y el miércoles 26, á la misma hora, en la capilla de la plazuela del Limón.

En el culto celebrado el domingo pasado en la capilla de la Madera Baja, se anunció que una hermana de la congregación se hallaba bastante enferma, por si alguno tenía gusto en visitarla. Muchas fueron las personas que acudieron á visitar á la paciente, lo que nos prueba que la semilla evangélica principia á recoger sus frutos.

Los periódicos neo-católicos hablan de cuestiones ocurridas entre varios individuos de la congregación evangélica de Córdoba y el sepulturero del cementerio de San Rafael.

La comunicación del pastor de dicha iglesia al obispo de la misma ciudad, refiere lo que hay de verdad en este asunto, muestra pequeña de la intolerancia de los neos.

Los escándalos ocurridos en la mayor parte de los pueblos de España con motivo de las fiestas en honor del Papa, han sido infinitos. En Maz se ha confundido lo sagrado y lo profano. Necesitaríamos mayor espacio del que podemos disponer en nuestro periódico para dar á conocer la clase y naturaleza de estos pequeños incidentes. Pero como la inventiva de los neos no es muy grande, bastará dar á conocer el último hecho que refieren los periódicos de provincia.

«En San Pedro de Osos (Gerona) empezaron á tiros los carlistas para conmemorar el fausto acontecimiento.

El día 29 continuaron los alborotos, siendo insultados los liberales tanto en el baile como por las calles, en particular el secretario del comité, quien se vió acometido navaja en mano, por cierto carlista, teniendo que defenderse de aquel fanático, que con esto quería celebrar el XXV aniversario del Papa.

Como se comprenderá fácilmente, los ánimos estaban exaltados, y como la cosa presagiaba terminar mal, evitose un conflicto, gracias á la intervención de los Voluntarios de la Sella que se presentaron en el lugar de la ocurrencia, y á los esfuerzos del señor juez de paz.»

En vista de estos acontecimientos no creemos que la escuela neo-católica tenga necesidad de grandes estudios para indagar cuál pueda ser la causa de que tengan tan pocos prosélitos sus doctrinas.

El periódico clerical el *Monde*, lamentándose tristemente de la instalación del rey Víctor Manuel en Roma, dice:

«Si Dios, por medio de una intervención milagrosa, no nos contiene, dentro de pocos años habremos caído en un abismo. Con la rapidez que marchan los acontecimientos de la época actual, en muy

breves días nos hallaremos sumidos en una barbarie de la que no puede formarse idea.»

El *Monde* presenta una comparación entre el rey, á quien califica de ladrón, y el Papa, y luego añade:

«El Papa es quien, anatematizando los adulterios de los príncipes, ha creado el matrimonio y la familia.»

Se necesita tener todo el cinismo de un ultramontano para escribir, sobre todo, las últimas palabras del anterior párrafo. La historia nos presenta claros ejemplos de la moralidad de los Pontífices. Y si menester fuera acudir á testigos presenciales, los pueblos pueden hoy emitir su opinión acerca de la virtud y continencia de los frailes que pasaron y de muchísimos clérigos que están ahora al frente de su desgraciado rebaño.

El *Diario* de la capital de Italia publica una prohibición del cardenal vicario á los fieles, de leer los periódicos romanos que no sean católicos.

Parece que el número de esos fieles vá á quedar reducido, y no muy tarde, al de los clérigos y cardenales que haya en Italia. Su imprudente conducta repugna á las mismas personas que profesan las doctrinas católicas.

Los neos no pierden ripio. No habiendo producido éxito alguno esas peregrinaciones emprendidas en la mayor parte de los pueblos católicos, impetran ya, sin disimulo alguno, de los Gobiernos de las naciones el apoyo de los mismos para restaurar el poder político del Pontífice.

Algunos arzobispos y obispos del centro y Mediodía de Francia han tomado la iniciativa para que sus diocesanos firmen una petición al señor Thiers á fin de que restablezca el poder temporal del Papa. Se ha dicho que el Sr. Thiers ha escrito á estos prelados aconsejándoles que se abstengan de mezclarse en esta cuestión delicada, que pudiera crear conflictos al Gobierno francés.

Hablar á los neos de patriotismo es inútil. Como su interés se encuentra en donde está el Pontífice, allí se encuentra también la patria de ellos.

Dice un periódico:

«Parece que los carlistas de Gerona tratan de hacer una manifestación contra Pío IX por haber este declarado que el rey legítimo de España debe ser D. Alfonso. Los carlistas han de renegar dentro de poco de la infalibilidad del Papa.»

No es extraño. Esta cuestión de la infalibilidad y otras de la misma índole sirven solamente á los partidos que se llaman religiosos para el logro de sus fines materiales.

Dice *La Regeneración*:

«El marqués de Villafranca piensa poner pleito al Gobierno por el despojo de dos magníficos espejos de la iglesia de Santi Ponce, que hoy son del embajador de Inglaterra.»

A esto contesta *El Imparcial*:

«Está equivocado el diario neo-católico. Según nuestras noticias, no es un pleito, ni contra el Gobierno; es una causa criminal contra el sacerdote á cuyo cargo corre la conservación de la iglesia, lo que el marqués de Villafranca piensa promover, por haber cambiado aquel sacerdote dos antiguos espejos de raro mérito por otros dos de estilo moderno, los mejores que halló el cura en los almacenes de Sevilla.»

Y siguen las aventuras clericales. Un cura católico, apostólico, romano, ha tenido la ocurrencia de empeñar, según asegura un colega, dos cálices y dos patenas, contra la voluntad de su dueño, en la suma de 25 duros.

Otro clérigo de la misma comunión ha dejado morir sin sacramentos á una mujer que los solicitaba.

Esta infeliz estaba presa y en un estado nada apropiado para dejar algunas mandas para misas.

Ha salido para Zaragoza el pastor de la Iglesia Cristiana Española del Redentor, Sr. Carrasco, con objeto de ayudar al pastor Sr. Eximeno á distribuir la Santa Cena del Señor, que por primera vez se dará mañana domingo en la iglesia de Zaragoza. Con este motivo el Sr. Carrasco hará tres ó cuatro predicaciones en dicha última iglesia. Rogamos á Dios porque la Santa Cena establecida por Jesucristo sea un medio de santificación para todos los que de ella participen.

Hemos tenido el gusto de saludar en Madrid á nuestro buen amigo el Sr. D. Juan Shedelock, secretario de la Sociedad Continental Evangélica de Londres, que como su nombre lo indica, tiene por misión ayudar á la difusión del Evangelio en el continente europeo. Nuestra patria debe mucho al Sr. Shedelock, y nosotros tenemos un gusto especial en consignarlo así. El Sr. Shedelock, después de algunos días de permanencia en Madrid, ha salido para Zaragoza, en cuya iglesia evangélica piensa asistir á la celebración de la santa comunión, y allí se convencerá que no han sido estériles los esfuerzos que él y sus amigos han hecho para evangelizar la ciudad de la virgen del Pilar.

Parece que la autoridad civil ha dispuesto que cierta parte del cementerio de Córdoba se destine para enterramiento de los que mueran fuera del seno de la Iglesia romana.

Aplaudimos una determinación que hará cesar en lo sucesivo los escándalos producidos por las altas dignidades de esa Iglesia.

No es solo en Austria donde el clero y las personas que piensan, han optado por la idea del progreso contra la inmovilidad de los tiempos decretada con ese nuevo dogma de la infalibilidad. En Suiza, muchos cantones católicos aparecen dispuestos á separarse de la obediencia del Pontífice, aunque seguirán profesando los dogmas que hasta ahora ha venido creyendo la Iglesia católica.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Preciados, 19, tercero. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Asco-bareta.
En Valencia....	Calle de la Muela, 20, tercero.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Plaza del Rey, 18.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.